



REQUETÉS

El «Volver» de Valcarlos significó la continuidad de unas instituciones que han de garantizar la prosperidad y el orden, por su contenido social y político, por sus libertades públicas y sus principios católicos y netamente españoles.

Por Dios, por la Patria y el Rey; ¡Viva el Príncipe Regente!

Año II

MAYO - JUNIO

Número 8

Algo sobre Montserrat

Bajo los mejores auspicios iba a tener lugar el «aplechs» a Montserrat, que había de celebrarse en el día dos del pasado mayo, en la misma fecha en que se conmemora la magna efemérides de la Independencia Nacional. El entusiasmo extraordinario, la animación ferviente, se desbordaban por todas partes, dentro y fuera de Cataluña. En lo humanamente previsible el éxito era superior al de los años anteriores, total, único y sin precedentes en esta clase de actos. Como siempre, el carlismo, allá arriba, en la Santa Montaña, daría una nueva muestra de su pujanza auténtica y de su fidelidad al hecho glorioso del 18 de julio: pujanza y fidelidad sanas, íntegras, auténticas, frente a tantas falsificaciones, a tantos engaños, a tantas y tan criminales mentiras.

Mas esta aureola de éxito y felices presagios fué la principal causa de su suspensión. A la situación imperante, le dió miedo la verdad carlista, proclamada a los cuatro vientos de España desde las peñas simbólicas de Montserrat. No tanto por la fuerza de las multitudes carlistas, con ser las más poderosas y decididas en el campo de las llamadas fuerzas nacionales, sino por el peso y razón moral de su postura inclaudicable y de la verdad del carlismo español, mantenida con heroico empeño en una centuria de hermosos y eficaces sacrificios y también en estos últimos años, de oposición patriótica, dura y difícil, de confusión de valores, de sorda persecución. Y se comprende que la voz del carlismo moleste a algunos hombres. Porque es la suya como un eco de la voz de España que, como gusano roedor, inquieta y turba la conciencia y el apacible y buen vivir de tantos como obran mal y no quieren rectificar. Empero, es pésima señal que la voz de la verdad y del derecho no pueda proclamarse bien alta, porque moleste a los que viven a su margen. Como sería nefasto que hubiera de silenciarse la ley penal porque molestara a los maleantes y saltadores de caminos.

La importancia del «aplechs» a Montserrat y la necesidad que tiene la actual situación de presentarse como única posible solución de orden en nuestra Patria, esto es, la fortaleza del carlismo y la debilidad del Poder, produjeron de consuno la suspensión de aquel acto

carlista, con mengua de las más elementales libertades ciudadanas, tanto más legítimas cuanto que fueron antes conquistadas con el precio de la sangre de los muertos. Porque esta clase de medidas no son propias de los regímenes verdaderamente fuertes. Donoso Cortés anunció hace ya tiempo que la tiranía y la opresión son la característica de los poderes débiles y usurpadores.

De ahí resulta la esterilidad e ineficacia de cuantos esfuerzos se hagan para combatir al carlismo. Como la historia lo ha demostrado numerosas veces; y lo demostrará una más y tantas cuantas sean menester. Porque la causa de la pervivencia de la Comunidad Carlista reside en sí misma, no fuera de sí. En breves palabras: en la verdad objetiva de su doctrina, en la justicia y razón de su política, en el decoro y pureza de su Bandera, en la lealtad y espíritu de sacrificio de sus voluntarios y militantes.

Porque ahí entra precisamente en juego su honor y su libertad. Y, el honor, como canta el poeta «sólo es de Dios». Y la libertad (ya sean gigantes o malandrines, que para el caso es igual) nadie puede forzarla, porque, como dice el clásico, «es libre nuestro albedrío y no hay hierbas ni encantos que lo fuerzen».

Mas, valga de lección para nosotros, y bendito sea Dios si, profundamente, la sabemos comprender y aprovechar, que no hay cosa injusta o mala que no pueda redundar en saludable aprovechamiento y aviso. La lección bien pudiera ser ésta: Que para servir al ideal y luchar eficazmente por su triunfo, no por el nuestro personal, es menester enamorarse antes de su grandeza; con pasión y plenitud, y sentir como propia y seguir la ruta de incruentos o sangrientos sacrificios que jalona el curso del carlismo, por cuya causa murieron a miles sus leales y voluntarios.

Y magnífica ocasión nos brindan para evidenciar que la hemos apreñado, los trabajos que hace Hempo viene llevando a cabo la Comisión de «Requetés, Familiares y Amigos del laureado Tercio de Nuestra Señora de Montserrat», con la finalidad de erigir una cripta en la santa montaña de su nombre para recoger en ella y dar perpetua sepultura a los muertos de aquella unidad, juntamente con la de reconstruir la antigua Ermita de los Santos Apóstoles y el Monumento a los Héroes del Bruch, y levantar

otro a la memoria de dichos requetés. Porque si no puede dudarse de que esta agrupación y su hermosa y elevada finalidad merecen la aprobación, solidaridad e identificación de todo carlista, y aun de todos aquellos que en el fuero íntimo de su conciencia, allí donde cada hombre sabe la verdad de las cosas, reconocen deber algo a los muertos de la pasada Cruzada, queda también patente que a todos se impone un claro deber: el de una generosa y unánime colaboración en los aspectos económico y moral.

¡Amigos! Nosotros hemos sentido en nuestro corazón el dolor de la prohibición del «aplechs» carlista a Montserrat. Pero de todo esto tenemos la conciencia tranquila. La situación política que lo impidió responda ante Dios y su conciencia. Mas, ya que no hemos podido este año ir a Montserrat, laboremos para el traslado a la santa Montaña de los restos de nuestros muertos, cabe a la Virgen de sus amores y junto a su amparo maternal. Ello en buena parte depende de nosotros mismos, y por consiguiente del grado de colaboración que prestemos a la «Comisión» que se ha constituido con tan noble empeño. Y sería inconsecuencia reprochar al Régimen actual la suspensión del «aplechs» a Montserrat, y tener nosotros en olvido a nuestros muertos, dejando por abandono y pasividad de traerles a descansar junto al trono de la Santísima Virgen de Montserrat, bajo cuya advocación combatieron y murieron.

El carlismo, amigos, toma y estima esta empresa como si fuera propia y la hace suya. Y es para nuestra Causa compromiso de honor y deber de conciencia el secundarla con todas sus fuerzas y energías. Así se complace en hacerlo constar desde estas páginas de «Requetés» para conocimiento de todos.

¡Carlistas! ¡Ya lo sabéis! Recoger los benditos restos de nuestros muertos del Tercio de Montserrat y depositarlos en la Santa Montaña, cabe los pies de la Santísima Virgen, es empresa digna de todo carlista que se estime. Y es enraizar con raigambres de muertos en uno de los lugares más altos, bellos y santos de nuestra España, la imperecedera pervivencia de nuestro ideal, amasado con el sangriento sacrificio de varias generaciones de héroes, y constituido por el tesoro inapreciable de las mejores tradiciones patrias.

Manifiestos del Príncipe Regente y de la Comunión



En esta fecha memorable, centenario del nacimiento de Carlos VII, me es especialmente grato dirigirme otra vez a vosotros, a los que formáis las huestes de la gloriosa Comunión Tradicionalista.

Cien años luce que nació mi augusto tío Carlos, personalidad bien destacada en la continuidad monárquica española. Precisamente en razón de esa continuidad, me creo ahora obligado a evocar la figura de aquel gran Rey, en cuya noble frente, tanto en los campos de batalla como en el destierro, brilló el perfecto sentido de la Corona de España: servicio y defensa de la Fe cristiana católica y servicio y defensa de las auténticas tradiciones de la Patria y de las libertades de sus pueblos. Porque Carlos VII, quizá el máximo adalid de la lucha contra la Revolución en Europa, y por eso mismo, presentó en sus ideas y propósitos el ejemplo justo de Rey cristiano y español y el modelo admirable de un titular de la Realeza. Por eso, porque tenía conciencia clara de las características y necesidades de su pueblo y de las condiciones y deberes de su régimen propio, que es la Monarquía, fué un eminente servidor de España y negóse a pactar con la Revolución, enemiga de la Fe y de las libertades españolas.

Y por eso mismo alcanzó aquella acertada visión política cuando previó que aunque se extinguiera la rama de su Dinastía no habían

y su pasado, porque nada como ese gran amor al pasado, a lo substancial de lo pasado, da luces y acierto para preparar el porvenir. Y os digo que esa clarividencia de mi amado tío el Rey Carlos VII, tuvo por bases su compenetración con la Causa y la seguridad de su permanencia si España es sanable y ha de vivir, pues bien sabía El que el Carlismo había existido desde siempre como encarnación que es de la esencia del alma misma de España.

Leales, carlistas, con emoción profunda evoco ante vosotros, Veteranos, Requelés y Margaritas, ante la memoria de cuantos murieron en las gloriosas luchas que habéis mantenido en defensa de la civilización cristiana y de los principios políticos legítimamente españoles, y ante el recuerdo de cuantos derramaron su sangre o sufrieron persecuciones y vejación por su amor a la Causa, la memoria de mi tío el gran Rey Carlos VII, el gran desterrado de Lorredán, que vivió y murió pensando en España, amándola con frenesí, dedicándole una constante preocupación por sus destinos. En nombre de esa augusta memoria de Carlos VII, al celebrar el primer centenario de su nacimiento yo os requiero a todos cuantos os honráis con el ilustre título de carlistas, a manteneros como hasta ahora en la línea de vuestra disciplina ejemplar. Os exhorto porque conozco bien vuestra lealtad

de acabarse la Monarquía en la Causa.

Su «Volveré de Valcarlos, cuyo recuerdo tan íntimamente y verdadera emoción os produce a vosotros, mis queridos carlistas, es una palabra de esas que quedan con honor en la Historia para siempre, puesto que significa la fe de un Rey y de un pueblo de leales en la continuidad de unas instituciones que son garantía de la permanencia de ese pueblo en el marco de una vida política próspera y ordenada.

Aquella previsión respecto al futuro, tan atinadamente expresada por Carlos VII, estaba fundada en una plena identificación con la Corona, pueblo

y vuestra abnegación. Y porque sé que sólo la gran reserva de España, cuyo porvenir político reclama más cada día vuestra atención, pues tenéis un claro sentido de la responsabilidad y un juicio atinado para contemplar el futuro del país.

Designios de la Divina Providencia hicieron recaer los derechos a la Corona en mi amado tío el Rey don Alfonso Carlos, que, contra lo que por ley natural pudiera haberse creído, sobrevivió a su sobrino el Rey Jaime. La previsión de Carlos VII fué completa y, con arreglo a las circunstancias, mejorada por don Alfonso Carlos al instaurar la Regencia para el día de su muerte, a fin de que en ningún momento faltase un eslabón en la cadena de la Legitimidad. De tal suerte que hasta que se hiciera la designación de sucesor conforme a la Ley y al Derecho y con la mitra puesta en el bien común, no faltase un titular de la Legitimidad que, como custodio y depositario del conjunto de derechos y deberes de la Realeza, los ejercitara en el tiempo y forma que aquel bien común aconsejase hasta llegar a la proclamación, como Rey, del continuador de la Dinastía.

Tal es la misión que me fué conferida al recaer en mí la designación de Regente, misión que acepté como deber gravísimo de cuyo cumplimiento no puedo ni quiero desertar. Por eso, en cumplimiento de ese deber y en uso de mi derecho, dirigi en mayo último mi protesta al Generalísimo ante su titulada «Ley de Sucesión», que lesiona derechos comunes a la Sociedad española y a la Dinastía Legítima instaurada mediante Ley pactada con la nación representada en Cortes.

Yo os reitero, mis amados carlistas, que España sigue necesitando, cada vez con mayor apremio y urgencia, la restauración de su régimen político propio, único definitivo. Sólo entonces logrará ver resuelto ese grave problema de permanente crisis política que arrastra desde más de un siglo y en cuya curación se han empleado infructuosamente toda clase de fórmulas extrañas y no la nuestra, que es pura y firmemente española. Sólo entonces alcanzará ese gran país, noble y solidísimo pilar de la civilización cristiana, la estabilidad y firmeza que necesita para su grandeza, especialmente en los difíciles momentos que atraviesa el mundo.

Carlistas: vosotros sabéis bien, puesto que lo habéis demostrado con vuestro heroísmo y con vuestra sangre, que el comunismo organizado y apoyado por el bloque soviético sólo se detiene ante la fuerza. Pero las bayonetas no bastan para vencerle. Porque el comunismo es un ideario y por consiguiente en cuanto organismo

(Sigue a la página 4)

Carlista con motivo del Centenario de Carlos VII

Hoy se cumplen cien años del día en que en una humilde casa de Laybach, huyendo su augusta madre de los horrores de la revolución que ensangrentaba a Europa, nació el glorioso Carlos VII, gran Rey de la dinastía legítima. Al cumplirse el primer centenario del nacimiento de quien fue por el estandarte de la resurrección tradicional de España, la Comunión Tradicionalista le rinde su mejor homenaje, reafirmando su propósito firmísimo de alcanzar los ideales que, fielmente y a costa de tantos sacrificios, mantuvo siempre un precario monarca.

Cien años de revoluciones, despotismos y persecuciones; cien años de constante sacrificio, de abnegaciones heroicas, de lealtades sin par en la Historia Universal, han torcido la recta estructura de la Comunión Católica-Monárquica, en que se agrupan en apretado haz los carlistas desde que acunaron a Carlos V hasta hoy, siempre fieles, el Abanderado y quienes lealmente le siguen, a los dictados del lema santo: Dios, Patria y Rey. Cuando se había extinguido la sucesión dinástica, Dios, valiéndose de la sabia y prudente previsión de Su Majestad don Alfonso Carlos, otro gran Rey de la dinastía insobornable ha dispensado a la Comunión la gracia de dotarla de un representante genuino de la autoridad soberana en la persona de S. A. R. el Príncipe Regente, precario miembro de la dinastía, dotado de excelentes cualidades, las más propias para el acertado ejercicio del delicado cargo a que ha sido elevado. Posee la misma fe ardiente característica de nuestros reyes está intimamente poseído del mismo fervor contrarrevolucionario y probado, como ellos, por los mismos infortunios, fruto natural de su constante lucha contra la revolución en todas sus formas; tiene el mismo sentimiento del deber, la misma energía y análoga experiencia para guiarnos en los azarosos tiempos que el mundo vive, hasta el día en que Dios temple su justa ira ante los desvíos del pueblo español y nos dispense la gracia de su Divina Misericordia, disponiendo alcance realidad plena aquel ¡Volveré! del gran Carlos VII, que nunca los Carlistas han olvidado, que ha sido su grande y consoladora esperanza en los grandes infortunios. Si no vuelve en su ser natural ni en su dinastía directa, volverá con su sucesión legítima, y, sobre todo, como dijo en su Testamento Político, «con mis principios, únicos que pueden devolverle (a España) su grandeza: volveré con mi bandera, que no rendí jamás y que he tenido el honor y la dicha de conservar sin una sola mancha, negándome a toda componenda para que vosotros podáis tremolarla muy alta».

La inquebrantable fidelidad que con lealtad carlista guarda hoy la Comunión al Príncipe don Javier, es la misma inquebrantable fidelidad que guardó a Carlos VII y nos une a él estrechamente hoy que se cumple el centenario de su nacimiento. Por Dios, por la Patria y por el Rey bajo la Regencia del Príncipe Regente, forma hoy la Comunión la hueste aguerreda de siempre, dispuesta constantemente a servir a España tal y como Dios quiera en cada momento que sea servida, sin regatear abnegaciones ni sacrificios, caso de que éstos fuesen necesarios.

La Comunión Tradicionalista hubiera querido con-



memorar tan señalada fecha como corresponde a la egregia figura de Carlos VII; pero un régimen que nació en un campo regado generosamente por la sangre de los requetés nos obliga, con su tenaz persecución, a recluinos en la intimidad para celebrarla familiarmente, modestamente, oscuramente, sin el esplendor que merece una figura que tantos y tan meritorios servicios ha prestado a España, que con tanto honor llena por entero una época de la Historia patria; hemos de contentarnos con menos esplendor que nos sería dado emplear si perduraran todavía la Monarquía liberal o la república, que nada nos debía y tan duramente fueron combatidas por Carlos VII y los carlistas. Pero en la intimidad a que se nos obliga, firmemente unidos al Príncipe don Javier, aumentará si cabe el fervor con que los carlistas ratificaremos nuestra lealtad inquebrantable a nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestros propósitos, que son las ideas, los sentimientos, los propósitos que alentaban el noble corazón del gran Rey Carlos VII.

LA COMUNIÓN TRADICIONALISTA

Madrid, 31 de marzo de 1948.

España sigue necesitando, cada vez con mayor apremio y urgencia, la restauración de un régimen político propio, único, definitivo. Sólo entonces logrará ver resuelto ese grave problema de permanente crisis política que arrastra desde más de un siglo.

Acto de adhesión al Jefe Regional de Cataluña

Con motivo de la prohibición del «aplech» de Montserrat, la Agrupación de Margaritas de Barcelona, sintió y tuvo la laudable iniciativa de reunir al Carlismo catalán en torno al señor Jefe Regional para reiterarle el más sincero y firme testimonio de lealtad y adhesión. A tal efecto, nutridas representaciones de todos los Organismos carlistas de la ciudad condal y de diversas localidades catalanas, a las que acompañaban las de otras regiones españolas, que en Barcelona se encontraban, se congregaron, en la mañana del dos de mayo, en el domicilio de nuestro querido Jefe Regional.

Emocionado y con visible sorpresa, acogió el Jefe catalán a sus visitantes. La Agrupación de Margaritas de Barcelona, le ofreció un primer donativo suyo de mil pesetas para la Cripta y Monumento a los Héroes del Tercio de Requetés de Ntra. Sra. de Montserrat. El Secretario General del Principado, en hermosas y sentidas palabras, hizo patente al Jefe Regional la adhesión de todos los carlistas catalanes, firmes siempre en el cumplimiento del deber, perseverantes en sus ideales, con lealtad a prueba de todas las vicisitudes.

Luego, espontáneamente y con sentido afecto, el Delegado de uno de los sectores de Barcelona, pronunció dos palabras para ofrecer al Jefe Regional de Cataluña el desinteresado concurso y disciplina de «sus hombres», tanto «a las buenas como a las malas».

A continuación un religioso, que debía predicar en la Misa de campaña de Montserrat, glosó las ideas de sacrificio y dolor como madre de toda obra redentora y prueba con que Dios quiere probar al Carlismo, siempre dispuesto en su santo servicio y el de la Patria. Concluyó con un canto a la esperanza porque donde existe la prueba del dolor y del sacrificio es que se abre paso el camino de la victoria.

Por último, el señor Jefe Regional, manifestamente emocionado, recibió agradecido el afecto de los carlistas catalanes, a los que dijo representaba modestamente, para trasladarlo a la memoria del mártir de la Causa, santo varón y gran patriota, don Tomás Caylá, el anterior Jefe Regional, como ejemplo y guía para todos los carlistas. Realizó luego lo que significaba la prohibición del «aplech» de Mont-

serrat, como prueba del valor que se daba al carlismo y como un acto más de una política que día a día se desvía del espíritu salvador del 18 de julio. Hizo un encendido elogio de la figura y valer de nuestro Príncipe Regente, a cuyas órdenes únicas, como expresión de la Legitimidad, siguen las honradas masas carlistas. Por último, dió cuenta de los numerosos telegramas y cartas de adhesión y protesta recibidos de toda España.

Requetés aprovecha esta ocasión para poner de manifiesto su afecto y adhesión al Jefe Regional de Cataluña, quien con tanto sacrificio, abnegación y perseverante constancia sirve la Causa Santa del carlismo.

Al propio tiempo cumplimos poner de manifiesto el magnífico ejemplo de disciplina y confianza en sus Jefes evidenciadas por todo el carlismo catalán.

Adviertan, quienes deban conocerlo, que la disciplina y confianza por igual se manifiestan en una orden de paz, que se pondrían de manifiesto en una orden de guerra.

Entretanto, permítansenos recordar la verdad que tan bien canta el poeta: «Los muertos que Vos matáis, gozan de buena salud».

ideológico no cabe vencerlo sino mediante la proclamación y difusión de los verdaderos principios y mediante su rigurosa aplicación al gobierno de las sociedades cristianas. Esos principios, por lo que a España atañe, son los nuestros, los de la Comunión Tradicionalista. Distéis el gran ejemplo en la hora de la batalla, en 1936, y de tal calidad que casi tendríais el derecho de ser espectadores en la gran pugna contra el comunismo que se le plantea al mundo, pues fuisteis los primeros en reaccionar, a precio de sangre, contra el peligro comunista rojo. Y en cuanto a España, como fuisteis una parte principal en la elaboración de la victoria, os corresponde un lugar destacado en la organización de dicha victoria. Se hizo la mitad. Falta la otra mitad, es decir, concretar un régimen político permanente, restableciendo la continuidad histórica de la Monarquía, las instituciones españolas y tradicionales que por su contenido de

libertades públicas, y por su sentido social y foral, den la réplica eficaz y victoriosa al comunismo en el terreno de la práctica política y de la contienda ideológica.

Esto en España es labor que sólo la Comunión Tradicionalista puede hacer, por ser el suyo, un sistema político completo, templado, opuesto a los errores de la revolución y a los de las dictaduras, y porque así lo reclaman vuestro patriotismo y los seculares servicios que habéis prestado a la Patria. Y ese empeño para completar la victoria contra el comunismo y poner a España en la senda de la restauración política que necesita desde hace más de un siglo, exige de la Comunión, más que nunca, la afirmación de nuestro ideario, el robustecimiento de nuestra unidad y la coordinación de redobladas y cada vez más activas actuaciones dentro de una ejemplar disciplina.

Carlistas, militantes de una gloriosa Causa española, caballeros de tantas lealtades que tan nobles

ejemplos habéis dado al mundo, a vosotros me dirijo hoy, a vosotros que todos juntos constituís una admirable dinastía, para recordar con vosotros al gran Rey Carlos VII. Hemos de ser fieles a su pensamiento y «a su memoria. Y os dirigo que esa fidelidad sólo podéis expresarla ahora acatando la Regencia que don Alfonso Carlos instituyó, en interpretación fiel y escrupulosa del pensamiento de su hermano, para el mejor servicio de la Causa y de España.

Carlistas: a los cien años del nacimiento de Carlos VII, el Monarca de gestos inolvidables que nos dejó en su testamento uno de los más notables y elevados documentos políticos de la España contemporánea, en su honor y en apretado haz levantad conmigo el corazón.

La fecha así lo requiere en nombre de Dios, de la Patria y del Rey.

FRANCISCO JAVIER DE BORRÓN
30 de marzo de 1948

La réplica más eficaz y victoriosa al comunismo en el terreno de la práctica política y la contienda ideológica, es el Carlismo.

España, si quiere salvarse y quiere salvar la victoria de las armas de 1939, ha de dar paso al sistema político de la Comunión Tradicionalista, opuesto a los errores de la revolución y a los de las dictaduras.